

## PRÓLOGO

Samuel Berkow pudo haber enviado a cualquiera de sus empleados a preguntar por qué los cinturones *Martin* no habían sido entregados aún en la tienda, pero tenía ganas de salir. La bodega estaba en el distrito St. Pauli, cerca de los astilleros del Elba, a poca distancia. A pesar de los almacenes y los bares ruidosos, a Samuel le gustaban los muelles. Era el único lugar donde todavía podía sentirse alguna resistencia a los nazis; al menos los trabajadores, ya hartos, todavía tenían las agallas suficientes para protestar.

Aunque era junio, al sol no se le veía por ningún lado. De hecho, parecía un día de enero. No llovía, pero el humo y la niebla enturbiaban el ambiente y el hollín escupido por los cargueros y las fábricas se convertía en una llovizna que resbalaba por las paredes de los edificios. Samuel caminó de prisa. Pasó frente a las pescaderías, los restaurantes, una que otra cervecería y los hoteles baratos, alineados

en las calles tristes que daban al río. Cuando ya estaba cerca de los muelles, vio la torre del edificio Landungsbrücken en las orillas del Elba. El reloj marcaba las cuatro en punto. Tenía tiempo, había quedado en reunirse con su tío Jacob a las siete.

El área del puerto, después del atardecer, era un lugar peligroso para un desconocido. Estaba lleno de marineros, espías y agentes; eso, sin contar los carteristas y los ladrones que se aprovechaban de los inmigrantes, la mayoría venidos de Europa del este y que pagaban precios exorbitantes por vivir en los hoteles. Presas fáciles, pues escondían oro y plata, zurcidos en el interior de sus chaquetas, para pagar a contrabandistas sospechosos que les prometían embarcarlos en transbordadores hacia Londres o Rotterdam.

Fue aquí, cerca del embarcadero Überseebrücke, al lado de la costa, donde empezaron los problemas, según dijeron en la radio. Una de las fábricas de municiones estaba produciendo muy por debajo de su cuota y los obreros (comunistas y anarquistas, según el locutor) reclamaban que habían estado trabajando sin parar y no les pagaron en cinco semanas. Tampoco tuvieron un solo día libre y se sentían indebidamente obligados a sacrificarse por los soldados en el frente.

Samuel llegó a la plaza y se percató de la agitación. Un grupo de obreros, con overol verde, se habían reunido frente a las oficinas de aduana y embarque cerca del edificio Landungsbrücken y construido una improvisada tarima fabricada con plataformas de carga y planchas de madera prensada, tomadas de las bodegas cercanas. A

través de los altavoces se escuchaban discursos que enardecían a los trabajadores y los agitaban.

Una docena de estibadores, en traje azul, procedentes de los astilleros al otro lado de la plaza, se sumaron a los obreros. Samuel, con un elegante impermeable sobre su traje, estaba fuera de lugar allí y decidió observar la manifestación desde una marquesina de madera, cerca de un muelle de carga vacío. A su derecha vio a dos hombres, vigilando la protesta; uno de ellos fumaba lentamente un cigarrillo en el estribo de un auto negro y miraba a través de binoculares. El otro hablaba animadamente por una radio inalámbrica y parecía informar lo que sucedía.

Fuera de eso, la plaza estaba ominosamente vacía.

Desde su posición, Samuel vio que los manifestantes tenían palos, tubos y puntales de madera en sus manos. Unos pocos, además, con el suficiente valor para sostener carteles en donde se denunciaba la falta de pago o para levantar, entre varios, un gigantesco puño.

Las reuniones masivas estaban prohibidas por las autoridades y en muchas ocasiones los huelguistas y manifestantes fueron golpeados o asesinados. La protesta era una evidente provocación al gobierno. Nada bueno iba a resultar de esto.

Muy pronto el viento sopló más fuerte y las voces callaron. Samuel oyó el crujido y el roce de los cables de las grúas en los astilleros al otro lado del río y una o dos sirenas aullando en la distancia.

También escuchó el aleteo de las banderas que ondeaban en los mástiles de algunos edificios.

Sintió la sangre correrle más de prisa y luego oyó un estruendo detrás de él. El ruido aumentó en intensidad, haciendo que sus tímpanos vibraran. De pronto vio las botas, golpeando el adoquinado casi al unísono, como el correr de los toros en estampida. Una docena de hombres con brazaletes nazis pasó frente a él con porras y rifles en las manos.

Si se hubiera cruzado en su camino, lo habrían pisoteado sin miramientos.

Un grupo más grande de policías apareció del otro lado de la plaza y empezó a perseguir a los manifestantes. Daba la impresión de que salían de la nada, pero evidentemente estaban escondidos en el túnel Altereb que conectaba los muelles de Hamburgo a través del Elba, en espera, únicamente, de la señal para atacar.

Los estibadores repentinamente se movieron hacia atrás, sacando sus armas escondidas, y empezaron a disparar. Los obreros fueron rodeados, sin un lugar por dónde escapar. Balas y porras empezaron a volar y a los trabajadores no les quedó más que hacer lo posible por protegerse con sus carteles y palos. Uno o dos trataron de escalar las paredes del edificio de aduana, pero fueron abatidos. Sonaron sirenas y cinco o seis jeeps entraron a la plaza.

Esos soldados ya no fueron necesarios. La masacre había terminado. Samuel sólo percibía sombras debido al humo azul y a la niebla, pero

aún así contó treinta o cuarenta obreros acribillados en el suelo.

Inmediatamente después, vio que un hombre y un muchacho se dirigían a la plaza tomados de la mano, vistiendo traje oscuro, camisa blanca y sombrero negro. Les hizo un vago gesto tratando de que retrocedieran, pero caminaban rápido y hablaban el uno al otro. El nazi con el radio inalámbrico le guiñó un ojo a su colega y sacó una pistola del bolsillo de su chaqueta. Sin vacilar, disparó tres o cuatro tiros a quemarropa y los judíos ortodoxos se desplomaron.

Samuel se recargó en la pared. Escuchó risas y aplausos. Su garganta y lengua estaban resecas. Le dolía el pecho. No podía creer lo que acababa de suceder. Dos personas asesinadas en un instante, como si fueran la ceniza sacudida a un cigarrillo.

Sintió asco, pero nada pudo hacer. Si los nazis lo hubieran visto, lo habrían acribillado a él también.

El auto se marchó, Samuel se levantó el cuello del impermeable y corrió de vuelta a la tienda por el mismo camino por donde había venido.

Debía ver a su tío Jacob en unas horas. ¿Qué iba a decirle? ¿Que estuvo a punto de ser asesinado o que los cinturones *Martin* nunca llegaron de Inglaterra?

\*\*\*

—Entra, entra —le dijo Jacob a su sobrino, dándole la bienvenida en el vestíbulo de su apartamento, un poco más tarde.